

Trasponiendo el Castrejón.

Ruta de senderismo. Agosto 2011

Juan José Fernández Delgado

...Y traspuesto este cerro tan emblemático, cuyas dos prominencias imitan los senos de una joven mujer tomando el sol en una playa nudista, y cruzado el cordel dimos con un molino harinero por cuyos alrededores se hallan los inciertos orígenes de Aldeanovita, de nuestra Aldeanovita la bien nombrada. Pero vayamos por partes.

La cita era en la renovada plaza de la Iglesia; y en la hora punta de salir, ni los más optimistas esperábamos contar veinte almas. Mas, de pronto, las calles, que los días festivos y los de guardar acuden hasta allí alegres y curiosas, se llenan de senderistas hasta contar el agraciado número de sesenta y nueve: por arriba y por abajo, se cantaba en la lotería. Y éramos paisanos todos y muchos no nos conocíamos; de otros nos separamos hace muchos años y ahora nos saludábamos con entusiasmo. Todo ello, pues, acentuaba nuestra curiosidad y nuestro contento porque, a lo largo de la caminata, tendríamos la oportunidad de encontrarnos y reencontrarnos y saber de cada cual.

Antes de salir, Martín, que era nuestro *guía espiritual* en esta celebrada ocasión, tuvo a bien ilustrarnos a las puertas de su casa con piezas de cerámica y de granito manipulado sobre lo que podríamos encontrar en *el Castrejón*, pues esas piezas allí las había encontrado, y nos invitaba a rebuscarlas cuando en el enjundioso monte estuviéramos. Y desde allí mismo la emprendimos; luego, en los cruces de calles y caminos nuestro guía nos ilustraba sobre el destino que cada uno perseguía: camino del Puerto, hacia *la Laguna*, la colá, tan nuestra hasta que se hace cordel, la pedregosa calle Mohedas, a los Baños, *los Motilones*, etc. Y a la altura misma de la *Cuesta del Arenal* salió a relucir la recordada “*María la Solanera/ que tanto fue al Arenal/ a por arenita ajena*”... Y por aquellas alturas, atrochamos hasta *el Pinete blanco*, índice que marcaba el punto más alto de nuestro esforzado aprendiz de Pirineo, para ver las catas que los arqueólogos han realizado últimamente y poner en práctica la recomendación de buscar piezas arqueológicas como las que nos había mostrado nuestro guía. Y, en verdad, la gente se empleó en la tarea: cerámica, tejón, granito convertido en pequeños utensilios cortantes y puntiagudos; piedras macizas con valor de mazos de almirez... Y latas que estuvieron llenas de sardinas, de anchoas de Santoña y de atún calvo del norte...

¡Qué ilusión me embargaba al encontrarme en el meollo del *Castrejón*! ¡Qué cantidad de recuerdos visibles en imágenes fugaces! El pueblo, sí, estaba donde siempre, encajonado en un valle poco propicio para los aires fresquitos y saludables, pero muy desconocido: más ancho, más alto y más próximo. Ya no veía la torre del *Pósito*, y me pregunté si continuarían saltando desde ella, generosamente, las horas repetidas del reloj... ¡Qué cambiado encontraba mi alrededor montuno! Quería

localizar los topónimos infantiles: el sillón del moro, su tamboril, la cueva, aquella piedra con la dos JJ acuñaadas en su lomo que, según el Sr. Julián *Ruperta* nos dijo aquella mañana ya tan lejana, aludían a “Juan Jordán”...



Antes de abandonar aquellos puntos más altos, extendí el periscopio y localicé las lomas lejanas de *Gredos*; la *Sierra Ancha* y *Sierra Aguda*, nuestro volcán infantil, de la Estrella; *Cabeza el Conde* y la cadena que camina hacia La Nava. Y allí, sierra Jaeña y los Mogorros. La sierra de Sevilleja, que pare y alimenta al generoso río Frío, nuestro surtidor, toda de azul, como *Gredos*; los *Montes de Toledo* que cambian su nombre al llegar al tajo del Puerto y toman el de la valerosa *Sierra de Altamira*... Una enorme llanura avanza hasta esos paredones, y pueblos punteados en altillos y laderas...

En el ánimo de todos estaba dar con la *Peña Farizosa*: muchos porque habíamos gozado de sus deleites infantiles y estábamos dispuestos a revivirlos; otros porque habían oído hablar del afamado tobogán y los demás porque querían localizar el festejado juguete natural. Y dimos con ella. ¡Ya lo creo! Y allí, mujeres entradas en años y en carnes, se volvieron las niñas y chavalillas de antaño y contaban la experiencia, rejuvenecidas varias décadas; otros mozalbetes recordaron también sus experiencias más próximas y con otros fundamentos, y muchos quisieron probar el fantástico viaje resbaladizo... Por los altos del *Castrejón* y por los alrededores de la resbaladiza *Peña* los ánimos y los contentos estaban a flor de piel, y la conversación surgía espontánea con jóvenes paisanos con los que jamás había hablado y apenas identificaba por *la pinta*, y luego se enredaba entre recuerdos personales y otros ajenos y entre tareas, oficios y profesiones de cada cual. Y sentí que la conversación con chavales jóvenes y gente paisana no tan joven, mas casi desconocida, transcurría por un fondo común, cuyo cauce era la cordialidad y la sencillez, y que encontraba sus raíces en los orígenes mismos del pueblo –no lejanos, al menos en su mitad de nuestro lugar de destino en esta ocasión-, y alimentado, después, por todos nuestros antecesores. Sí, la conversación iba y venía, y saltaba de unos temas a otros con el sólo deseo de prolongarla, de hablar y profundizar con ello en ese fondo común que nos hace ser distintos de otros pueblos, aun tan próximos...

A medida que bajábamos hacia el *Cordel*, volvíamos la vista para grapar con precisión el asentamiento del tobogán en la memoria y anotar otros puntos de referencia. Y cruzamos la histórica senda que tanto sabe de enormes rebaños y manadas trashumantes que vienen y van, que van y vienen en busca de vegas llanas y abundantes y altos frescos y trepadores. El camino se dirige con decisión hacia Mohedas, pero en una cruz Martín precisó el destino de cada uno de sus cuatro brazos, y seguimos el que nos llevaba hasta la meta fija: el hacendoso molino que durante muchos años gobernó tío Martín *Frontonero* y sus familiares. Y allí están sus venerables ruinas como fieles testigos de lo que fueron: la aceña, la rueda, el corral... ¡Cuántos trabajos e ilusiones! ¡Cuántas historias ahí contadas y ahí nacidas! De todas las consejas allí acuñadas y allí referidas, prevalece para siempre la que repetía que muele primero quien duerme en molino.

Recorrimos las diversas dependencias del molino harinero, y pasábamos la mano por el lomo de las paredillas, ya derruidas, pero que nos ayudaban a levantar en la imaginación la estampa atareada de un día laboral cualquiera: y veíamos hombres afanosos alrededor de la torva; otros peleándose con el costal, dos mujeres en la cocinuca; dos borriquillos y un mulo atados a la reja de un ventanuco sin decirse nada, otro que llegaba con la carga a cuestras... Un jovenzuelo llamaba al tío *Mañas* para dar con el modo de cargar los costales convenientemente...

Por allí dimos cuentas del sabroso fruto de la generosa higuera, y de un puñado de moras que se dejaron coger entre las amenazas de los enredados brazos del *joío zarzal*... Allí mismo, Martín volvió a ilustrarnos con la historia del molino y sus explotadores, y allí mismo, bajo la sombra tejida por dos o tres encinas que el molino cobijan, diserté sobre los orígenes del pueblo por estos alrededores, argumentando que en un principio se llamó *Aldea del Pedroso* y, luego, *Aldea de Mohedas* por pertenecer estas tierras a la jurisdicción del pueblo vecino y así llamado. Pero como esto necesita más espacio, lo dejo para el artículo siguiente. Ahora diré que rebosantes de contento, iniciamos el regreso que, a la postre, terminó como el Rosario de la Aurora. Pero, en el *Cordel*, aunque separados -quizá azuzados por el aguijón del hambre-, todos regresamos por la calle ¿del *Chivitín*?, cargada de recuerdos futboleros, sí, de cuando el fútbol tenía sabor a chocolate. Y enfilando la ruta hacia la *Fuente*, observamos a media distancia la *Cueva de San Antonio*, en la que se distingue perfectamente (y dan cuenta de ello todos cuantos iluminados son por la fe) de la figura de la Virgen apoyándose en la pared de la derecha, según entras en la cueva. También se ve con idéntica perfección a San Antonio, y hasta me parece oír el contento del corderillo al que está alimentando con un biberón rebosante de leche de almorta... Y allí, por la *Fuente* se veían grupos desperdigados que buscaban el acarro donde mejor les convenía... Yo, como si hubiera hecho un buen trato, rebosante de paisaje y de paisanaje, me fui al bar de *Salerito* en busca del alboroque...

Ha sido una jornada inolvidable, amena y cordial, y ha servido para hacer más pueblo y para profundizar en ese fondo común reavivando recuerdos y relaciones populares, y estableciendo otras con jóvenes paisanos llenos de futuro y de entusiasmo por su pueblo. Y ha resultado tan agradable y tan llevadera la caminata que aventamos el tiempo para que se programen otras similares. Por todo ello y por otras cosas que redundan en el progreso y bienestar de nuestras gentes, de nuestra Aldeanovita la bien nombrada, soy cada vez más rico.

